

FERNANDO DIAZ PLAJA

Mirando hacia atrás con "fotos"

ESTA foto desvaída no tanto por los años como por la mala calidad del papel y de la máquina «y que encontremos rollos, hijo mío! tal y como están las cosas». No hay para pan y va a haber para carretes... El año es 1937 y yo estoy en Barcelona donde el Ejército Popular ha decidido que ha llegado mi hora de servir a la causa antifascista. Me uniforman, claro, aunque ese uniforme... en realidad el soldado del Ejército popular es un poco fantástico, va como quiere. La cazadora sí es un distintivo, pero puede ser de toda clase y colores, el gorro a veces se lleva ruso, imagino que por las mismas razones miméticas que en la otra España se usa el estilo italiano o alemán.

Sólo tengo dieciocho años pero a ellos dice que les basta. Y la verdad es que soy afortunado. Detrás de mí todavía convocan a los de dieciséis a diecisiete años. La «quinta del biberón» les llamaron. Los llevaron al frente de Lérida y muchos murieron según me contaron, literalmente de miedo.

A mí no me ha puesto el Destino en circunstancias tan graves (curioso que el Destino esté en el Ejército tan cerca del destino). El alto mando quiere que con otros varios dedique mi esfuerzo a defender la costa catalana contra los presumibles ataques del crucero «faccioso» Canarias o el Baleares. Mi lugar de trabajo está en Miramar, exactamente donde ahora están los estudios de Televisión Española y donde entonces se aposentaba la comandancia del Sector Norte de Artillería de Costa. Mis compañeros de oficina

EL SOLDADO

Un soldado joven, vestido un poco fantasiosamente. Fernando Díaz-Plaja, 1938.



son la flor y nata de la técnica, ingenieros, arquitectos, geómetras, una brillantez científica que no está a la altura del material de que tenemos unos cañones emplazados en la costa cuando se temió que el invasor en vez del general Franco, fuese el presidente McKinley. Sí, porque fue en la guerra de 1898... Son cañones impresionantes de aspecto, oscuros, largos, feroces... Lo malo es que cuando disparan esa apariencia se desvanece. Seis o siete kilómetros y el obús cae al agua; el «Canarias» puede jugar con nosotros tirando al blanco si viene...

Pero nosotros seguimos calculando. Ellos, mejor dicho. Yo me ocupo de la biblioteca y les doy libros a mis compañeros, libros que nunca me devuelven, por cierto. Ellos hacen cálculos. Ahora han inventado un tren artillado; es una idea fantástica y todos los mandos se congratulan con sus creadores. Teniendo en cuenta que la vía férrea catalana desde Villanueva y Geltrú a Malgrat, pasa por la costa el invento es perfecto. Cuando se detecte la presencia del «Canarias» el tren irá siguiéndole por tierra emparejado con el barco y en cuanto se acerque esperando encontrar un pueblo desvalido allí estará el tren disparándole. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

Los cálculos debían de ser muy complicados porque ese tren tardó mucho en construirse. Y cuando por fin salió a campaña ocurrió algo dramático; los vitores se volvieron caras largas y ninguno de los grandes jefes volvió por allí a felicitar a los técnicos.

Parece ser que al hacer el tren hubo un pequeño error. Resulta que dado el calibre que le habían pedido para que fuera eficaz contra el acero del «Canarias» el cañón resultó muy voluminoso y no podían darle un gran ángulo de tiro... al separarse demasiado del eje desnivelaba el tren. Sólo podía disparar hacia adelante y por ello su arma era eficaz si daba la casualidad que el barco pirata se metía en una bahía colocándose ante las narices del cañón que iba por su carril de la costa. Algo realmente difícil. Fue un fracaso. Luego se lo llevaron al frente de

tierra; allí pensaron no habría problemas porque el enemigo es más amplio; el ejército contrario se extiende siempre en un gran arco y siempre habrá a quien darle. Y entonces, efectivamente, disparó bien, pero el primer tiro se abrieron los raíles y el cañón se cayó al suelo. En tiempo de guerra siempre se piensa en esos casos es un sabotaje de los técnicos encargados de los planos. Yo soy testigo de aquella ocasión y conociendo a mis compañeros de oficina... la sospecha tenía muchos visos de ser cierta.

La verdad es que yo me desentendí de la guerra no yendo al frente pero la guerra vino a buscarme igualmente en forma de bombardeos de la aviación fascista o nacional. Resulta que en el castillo de Montjuich había un servicio de escuchas de radio que detectaba la salida de los aviones de las bases mallorquinas camino de la costa republicana, de forma que nosotros sabíamos con hora y media de antelación sobre los habitantes de Barcelona la noticia del posible bombardeo; dicho de otra forma, se nos ampliaba generosamente la oportunidad del miedo...

La razón de no dar entonces la alarma era doble. La primera porque la expedición podía ir destinada a Valencia o Tarragona en vez de a Barcelona. La otra era psicológica; nadie hubiese resistido hora y media en un refugio. Lo más probable es que hubiera salido, cansado y escéptico, precisamente cuando los aviones llegaban. Nuestra propia espera naturalmente era tensa. Alguien había hecho un reloj de cartón con unas agujas marcando la hora presunta de llegada con un letrero explicativo. «Pavas a las...» (Los poetas las llamaban los «pájaros de la muerte» pero los soldados se contentaban con llamarlas «pavas»). Tras el aviso el trabajo seguía normalmente pero las miradas se dirigían cada minuto al reloj de la sala con otras más disimuladas hacia el de cartón. Cuando las dos horas se aproximaban todos tenían más necesidad de ir al baño o de afilar el lápiz o de pedir algún papel de calco...

Y de pronto sonaban las sirenas y empezaba la estampida. La inmensa mayoría se iban al sótano que estaba más o menos protegido y yo con otros pocos salía al aire libre. No es que tuviera menos miedo que mis compañeros; era que mi temor era selectivo, temía más el estar encerrado que a la posible bomba. Por ello corría al extremo de la terraza superior donde el comandante había hecho construir una pequeña garita con una plancha de hierro que no hubiera valido contra un impacto directo pero podía detener en caso de metralla dirigido a nuestras cabezas. Allí me situaba para ver el espectáculo.

Porque espectáculo era. Unas navecillas gris plata en todo lo alto enmarcadas por las explosiones de las antiaéreas, el avance impertérrito de esas navecillas que iban acercándose, acercándose... y de pronto se oía el mismo ruido que producía una hoja grande de papel de estraza, de papel de embalar agitada por un gigante; tremendas columnas de agua empezaban a surgir del puerto, algunas más altas que la torre del Transbordador. Recuerdo una vez que las columnas cayeron delante y detrás de un mercante que estaba pasando entre los muelles y yo le miraba y pensaba absurdamente que por qué iba tan despacio, tan tranquilo. Estaba deseando ¡cuántas películas de Walt Disney vistas! que el barco ante el ataque se levantase del agua, se agarrara las bordas con unas manos inverosímiles, sacase unas largas patas por debajo de la quilla y saliese corriendo hacia el Tibidabo para evadir los tiros...

Y luego llegaba la paz, el silencio. Y poco después se oía la sirena que decía a los barceloneses que se volvieran a sus casas o a su ocupación que por aquel día tenían la vida a salvo.

Y uno bajaba y decía a la familia, a la novia, al amigo ¡qué horror!; ¡no sabes lo que he pasado! Las bombas cayendo delante de mi hacían plaf, plaf, como un papel de estraza y te dabas cuenta que te decían «Ah, ¿sí?» y no les importaba nada. Era tu guerra; ellos habían tenido otra guerra, la suya.



Seguro, satisfecho, arropado por la universidad norteamericana, posa para la fotografía oficial de la Facultad en Arizona.

Vuelvo a mirar la foto que me devuelve tanta miseria. Y recuerdo de Sieyès cuando tras la Revolución Francesa, le preguntaron asombrados pero ¿qué hiciste en ese tiempo? Y él sonreía y decía: «He vivido». De nuestra guerra —qué tristeza tener que llamarla *nuestra*— yo podría decir algo más bello y que desgraciadamente estuvo al alcance de pocos en mi generación. Que no sólo viví si no, lo que es más importante, no impedí que dejara de hacerlo ningún compatriota mío. Que pude vivir sin tener que matar.

EL PROFESOR

Este Fernando Díaz-Plaja, un poco gordito de cara, que me mira aquí, parece un norteameri-

cano encantado de la vida, bien pagado, bien servido, bien mimado...

Es lógico. Estoy en una universidad de aquel país; enseño y aprendo. Enseño literatura española —cursos sobre Larra, el Teatro del Siglo de Oro, el Poema del Mio Cid, el Romanticismo...— y aprendo. Aprendo a hacer cosas raras para un profesor español. Aprendo a entrar a mi hora, a salir a mi hora; aprendo a no ser substituido por un ayudante —ni existe ese personaje en USA—; aprendo a reservar un par de horas semanales para que mis alumnos me pregunten en mi oficina lo que no captaron en la clase, aprendo también a cobrar puntualmente todos los meses a través de un cheque que llega a mi casillero, aprendo a pedir los libros que necesito para mis clases y que siempre obtengo, aprendo a dejar hablar a los demás en las reuniones, aprendo a decir eso tan poco español, de «no puedo

opinar de eso, no soy un especialista...».

Vivo en un ambiente arreglado, cómodo, seguro... y por ello un tanto aburrido. Las horas norteamericanas son perfectas mientras está uno en el trabajo. Todo funciona, todo marcha, todo está al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la organización. Pero cuando se termina cunde el aburrimiento. Los gringos se ocuparon tan largamente de preparar sus trabajos que olvidaron organizar su ocio. Y como no saben qué hacer con él, intentan lo peor que se puede hacer con un ocio: llenarlo de algo. De alcohol, por ejemplo. Recojo a alguien para ir a una fiesta y me dice: «Tienes tiempo para un fast drink», un trago rápido, pero ¡yo no quiero un trago rápido! —le digo—, yo quiero un trago lento y demorado para charlar, mientras dure, de lo divino y de lo humano...

«Claro, se emborrachan, en una «party» ya se sabe. Lo sabrá usted; en España quien se embriaga en una «party» es la última vez que va a esa casa...

Clases, convenciones, reuniones, tesis, consultas..., ¿de qué quiere hablar el próximo año? Maravilla de las maravillas. Puedo cambiar de tema cada curso, es decir, me obligo a sí mismo a estudiar algo nuevo, algo distinto para poderlo explicar mejor. Se salta de siglo y así se salta también la rutina (me decía un viejo catedrático español: «¿Usted sabe lo que es enseñar durante 20 años primer curso de Prehistoria?»).

Clases cómodas, clases limpias. Me escribo con los españoles que hacen lo mismo que yo en otros «campus». Ramón J. Sender, en Méjico; Américo Castro, en la Jolla (California); Federico de Onís y Jorge Guillén, en Puerto Rico; Pedro Salinas, en Nueva York; Navarro Tomás, Ricardo Gullón, en Texas; Juan Marichal, en Harvard; todos llegan, se impresionan de cómo funciona todo, de la calidad de sus estudiantes, de la calidad de sus bibliotecas.

Es curioso. En España se habla siempre de la acogida de la América latina —si se se empeñan en llamarla así ¿por qué vamos a

negarles el capricho?, al fin y al cabo es su América— y nadie menciona la que concedió los EE.UU. a los huidos de Franco, desde los primeros antes mencionados a los últimos, como Tierno Galván y Aranguren, ya en los años 60. Reconocerlo equivaldría a negar el tópico de USA igual a derechismo. Washington no puede, en el organigrama de un hombre de izquierda, ser el protector de los refugiados del fascismo. Y lo fue.

Esos Estados Unidos que veo lentamente como deben de verse los países, es decir, como no los ve casi nadie. Me recorro en autocar (el «Greyhound» famoso) desde Alabama a Nueva York. Voy en tren desde San Francisco a Chicago, desde Santa Bárbara (California) a Nueva Orleans, tres, cuatro días en un tren. Cada vez que va uno al restaurante encuentra a gente distinta que preguntan, como preguntan siempre los americanos, vorazmente. La sonrisa siempre es afable.

Y largos viajes en coche. Tres y cuatro Estados de una «tacada». Desde Florida a California, pasando por Mississippi, el Estado de la gran mayoría negra, con gente que parece salida del centro de África, donde miran asombrados que pida una cerveza en un bar donde sólo hay negros (se asombran, pero me sirven. En África del Sur, un policía me impidió que entrase en uno de ellos. «A mí no me importa, dije». A mí, sí. «Apartheid» se llama la figura). Y luego de Mississippi, Nuevo México, viendo las casas de arcilla de los indios «Pueblo» cerca de Taos. Taos, en donde asombrosamente hay un museo donde se guardan los dibujos de Lawrence, H. D. Lawrence, el inglés refinado y sofisticado, el autor de «El amante de Lady Chatterley» vino a dejar sus cosas aquí, en el arisco, tradicional, puritano Middle West...

Y al anochecer, la entrada en el desierto de la Muerte, «Death Valley», para llegar a California; un desierto que sólo puede cruzarse a esa hora, noche durante el verano. ¿Y si prefiero cruzarlo de día? —Que se muera usted nos tiene sin cuidado— contestan los guardias a la entrada del valle. Pero si usted no sale por el otro

lado, tenemos que poner en movimiento a decenas de patrullas arriesgando su vida y costando al Estado un riñón por su capricho. De forma que a suicidarse donde no moleste ni cueste dinero.

(A 100 metros de la autopista se han encontrado a veces esqueletos de quienes se desorientaron y no supieron encontrar más camino que el de la muerte. Las temperaturas llegan a 50 grados a la sombra en julio y agosto).

A los Estados Unidos los vi durante años como tales, es decir, como varios países distintos unidos por la bandera y el himno. Por ello quise conocer lo más posible, y a los dos años de estar en una universidad, en ese momento en que todos los profesores europeos buscan quedarse para obtener la codiciada «Tenure» (entrar en «plantilla» diríamos en España) yo aceptaba la invitación de otro lugar desconocido y distinto. «Tú eres el único profesor visitante perpetuo», me decía un colega riéndose. Así supe del clima de Pensilvania, con los árboles en rojo vivo en el maravilloso otoño —una vez encontré a un zorro cogido en una trampa— y la nieve cubriendo hasta la rodilla en invierno. Y sé del dulce clima californiano de Santa Bárbara, a 160 kilómetros de Los Angeles, donde un vecino mío se llamaba Ronald Reagan y nadie tiene abrigo. Y de Arizona, adonde bajan los ricos de Chicago a olvidarse de su gélido clima, y en enero y febrero los departamentos valían el doble que en mayo, cuando empieza la cálida ola y no se puede tocar el metal del coche dejado al sol dos horas antes. Y de Texas, el Estado millonario donde no había impuesto estatal, ¿para qué, si la gasolina les salía por las orejas?, y se construían autopistas de cuatro carriles para ir a donde un día podrían construir otra ciudad; donde todo es tan grande como el tópico exige, donde un granjero puede decir de alguien: «¿Fulano?, es vecino mío» y está a 200 kilómetros (lo cual es nada en un «Piper» o un «Comanche» mono o bimotor).

Años de profesor en USA, años dulces en el recuerdo. La gente es básicamente buena, afectuosa, y

mientras aceptes las reglas del juego —trabajar, pagar impuestos, cumplir las ordenanzas— te acogen como a uno más de ellos, que trae, además de suerte, un acento distinto, algo que pueda variar un poco la vida monótona del hombre-masa que diría Ortega. Un pueblo que todavía, a Dios gracias, no está de vuelta de las cosas como el europeo, que lo hace, a menudo, sin haber ido jamás.

EL AUTOR DE MODA

Ese autor que está firmando libros en unos «grandes almacenes» (como dicen pudorosamente los periódicos para no dar a «El Corte Inglés» o a «Galerías» más espacio del que pagan religiosamente), soy yo. La fotografía parece tomada a años luz. Eran otros tiempos cuando todavía no había nacido Vizcaíno Casas y yo había descubierto que a) los españoles tenían pecados capitales y no solo virtudes como nos decía todos los días la Prensa y la radio, b) que esos pecados debían sacarse a la luz del sol.

El resultado, los que me leen pasados los cuarenta se acordarán, fue increíble. Edición tras edición, solicitud de firmas de autógrafos, visita de periodistas con dos preguntas clave: «¿Cuál es el pecado típico de los españoles?» y otra «¿y los pecados capitales de usted señor Díaz-Plaja?»

A la primera pregunta contesté repetida y cansinamente: «la envidia»; para acallar la segunda escribí y publiqué «Mis pecados capitales» subtítulo «Entre la confesión y la memoria» que tuvo buena salida...

...Aunque naturalmente mucho menos que el que trataba de los pecados de mis compatriotas. En gran parte yo creo que el éxito del libro se debió a que puse en letra impresa algo en que otros habían meditado; que dije al público lo que muchos habían pensado en la intimidad de su cerebro y en la semi-intimidad de su hogar: «Fíjate, Carmen, lo que yo había dicho tan-

Only this Spaniard could so delightfully explore the foibles and the vices of his countrymen



Credit: Lisieux, Puerto Ric

THE SPANIARD AND THE SEVEN DEADLY SINS by Fernando Diaz-Plaja

With rapier wit, one of Spain's most distinguished men of letters runs through the roll-call of Deadly Sins — Pride, Avarice, Lust, Anger, Gluttony, Envy, Sloth — and claims pre-eminence in all but one for his beloved

El New York Times me saca en este anuncio, que no es de floretes sino de mi libro sobre los pecados, traducido al inglés.

tas veces» decía el marido a su esposa. Y era verdad. Lo había dicho en términos generales y vagos y ahora los encontraba ordenados y servidos a domicilio. La gente estaba encantada.

—¿A que no sabes donde tengo tu libro de los pecados?

—En la mesilla de noche —contestaba yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy sencillo. Es un libro pequeño, fácil de leer en la cama desde el punto de vista del formato y mucho más desde el de su contenido. Dado que no tiene argumento, es decir, que se trata de unas observaciones enhebradas, pero aisladas unas de otras, es un libro que se puede cerrar cuando a uno le venga el sueño o el deseo

carnal sin preocuparse de que se quede sin saber quien era el asesino, por ejemplo. Por eso muchos lo tienen en la mesilla de noche.

En México alguien hizo más que llevárselo a la mesilla de noche. Se lo llevó a la imprenta escribiendo «El mexicano y los siete pecados capitales» con un prólogo en el que después de admitir que «de plagio andamos» se auto-absolvía pensando que «los escritores suelen ser antropófagos de otros escritores. Con una ventaja. Todo esto se designa en las aulas con el nombre alto, sonoro y significativo de influencias y huellas literarias. Así de inocentes y científicos andamos».

De inocentes y de descarados pensé yo al leer como se consolaba

el «manito» que luego resultó, además, sacerdote. (Empecé a comprender entonces la política de Plutarco Elías Calles).

Este es un caso extremo de seguirle a uno, avidentemente, aunque más que seguirle es quitarle la cartera, pero ese caso, que yo sepa, no se ha repetido en otros países. Si en cambio se ha repetido a lo largo de los años la cita continua; en pequeño me he convertido en un clásico.

Según los recortes que me llegan a través de una agencia no ha pasado un mes desde la aparición del libro que no llegara una nota: «F.D.P. decía que la envidia...» «como afirma F.D.P. el pecado español...», etc. Me he convertido en algo así como un intermedio entre el «yo y la circunstancia» de Ortega y el calendario zaragozano...

Desde luego el título se me ha pegado como una lapa. Cuando me presentan a alguien tras oír el apellido surge el «¡Hombre! ¿el de los pecados?», lo que dicho así suena a que yo sea una especie de malvado profesional y científico. «Yo no soy el de los pecados», —advierto— si no quien ha escrito sobre los pecados—. Pues, ¡eso! —dicen muy contentos— ¡Oye! y estoy de acuerdo contigo».

En algunas ocasiones el acuerdo es solo de una parte del matrimonio que ha leído el libro, especialmente cuando se trata de un español casado con una extranjera. Un embajador norteamericano en Madrid llamado Rivera que era de ascendencia española a través de Puerto Rico, me comentó en una cena que había oído hablar del libro; se lo mandé al día siguiente. Unas semanas después en ocasión de una fiesta en la embajada él estaba como es preceptivo en la puerta recibiendo a los invitados; al verme llegar me cogió del brazo y me llevó aparte.

«No sabes la que has armado en mi casa con el libro —me dijo— mi mujer lo ha leído y cada vez que hago algo que no le gusta me enseña una página con frases subrayadas «Mira, aquí está, ¡clavado! exactamente lo que se podía esperar de ti».

Le dije que lo sentía pero que lo único que podía hacer por él era enviarle mi libro sobre los «Pecados capitales en USA». Que lo leyera y

anotara y que a su vez le recordara a su esposa de vez en cuando que ella no hacía más que portarse como se portaban todos sus compatriotas.

La obra apareció traducida al inglés en Nueva York. La encargada de Relaciones Públicas de la editorial Scribner's decidió que sería interesante que yo apareciera en TV para anunciar mi producto. Hizo sus gestiones advirtiéndome que tenía que pasar una especie de examen con el realizador para ver si «daba». Fuimos. El despacho del caballero en cuestión era pequeño y lo parecía más por estar lleno de sillas, libros, papeles y archivadores. Cuando entramos nos señaló unas sillas mientras gritaba por el teléfono; parecía una de esas películas en la que el «ejecutivo-está-muy-ocupado mientras-el-protagonista-espera-asustado-lo-que-puede-ser-su-triunfo-su-hundimiento». Todo muy propio. Por fin colgó el teléfono, masticó el puro, lo encendió bruscamente —igualito, igualito que en el cine— nos echó una ojeada

a nosotros y a mi dossier que la señorita de Relaciones Públicas había dejado temblorosa sobre la mesa y de pronto frunció el ceño ante una fotografía... mi acompañante quería morirse. Era una foto en que yo estaba vestido de esgrima con el traje blanco, el sable apoyado en el hombro. Me la habían hecho en Puerto Rico unos meses antes y era la única de cierta calidad que había encontrado en la maleta cuando me avisaron. Me miró fijamente, la foto en la mano...

—¿Va usted siempre vestido así por la calle?

—No tengo más remedio. Desde que publiqué el libro...

Se echó a reír. Y a su compás la R.P. se expandió en una sonrisa afectuosa y liberada del drama.

—Mañana a las once en punto. Buenos días.

Y volvió a su teléfono.

El libro en inglés tuvo una crítica extraordinaria «coast-to-coast» como llaman allí cuando se extiende una acción desde el Atlántico al Pacífico pero la gente no se

mató para comprarlo. —¿De qué se queja? —me decía mi editor. Nadie le conoce aquí y el tema atrae sólo a los que se interesan por España. ¿Y cuántos son?»

Evidentemente pocos. Como pocos fueron los alemanes que además se encontraron con una ridícula edición que al editor se le ocurrió titular «Olé, don Juan», fino y sensible que era el muchacho...

La obra en general fuera no tuvo mayor suceso (como se dice, de verdad) mientras en España tuvo tanto que para muchísima gente yo sólo he escrito un libro: éste. A veces me entristece pensar en los otros sesenta que se han publicado y otras me consuelo pensando que lo mismo le está pasando a García Márquez sin ir más lejos (aunque Colombia no esté precisamente aquí al lado...).

EL VIAJERO

...Aquí sí que estoy rollizo. Se debe a la pasta que consumí indiscriminadamente a mi llegada a Italia. Aunque falta la paloma habitual estamos evidentemente en Venecia con motivo de un Festival de cine, la «Mostra» famosa de todos los años. ¿A qué no saben quien es el caballero de cabello gris segundo por la izquierda? Don Antonio Fraguas, el padre de «Forges» (¡Oh, cielos!)

Era mi primer viaje a Venecia dentro de mi primer viaje a Italia que, a su vez, era mi primer viaje al extranjero. ¡Qué maravilla! salir de España, la España que había seguido a la guerra civil y encontrarse a dos romanos discutiendo en la Piazza Colonna moviendo mucho las manos pero sin tocarse jamás, mientras sus palabras indicaban, que uno era comunista y el otro un conservador del Partido Liberal... ¡Y no ocurría nada! Los dedos subían y bajaban, se apiñaban, se extendían, se juntaban, se alargaban siguiendo los argumentos pero no había el menor roce físico. Y yo acababa de dejar a

«In illo tempore», yo era el autor de moda, como se vé en esta foto de unos «grandes almacenes».





Un barco francés en una isla griega, y yo con una pareja mejicana de origen español, hacia el placer del descubrimiento.

medio país matando al otro medio en una contienda de tres años...

«Italia mi ventura» decían los clásicos. Para mí fue ventura y aventura. Era la Italia todavía de la ocupación aliada, con alambradas alrededor del hotel donde se aposentaban las tropas inglesas y norteamericanas, la Italia que gracias al estraperlo pudo comer más o menos, la Italia del agudo De Gasperi, del inteligente y fino Togliatti a quien escuché tantas veces en la Cámara rompiendo el mito del comunista tosco con sus citas literarias de Dante Alighieri...

...De quien conocí a otro ilustre paisano. En su casa de Florencia, lento y distante al principio, ani-

rnado y alegre al final cuando conectamos más en la conversación, estuve con el gran Giovanni Papini, alguien que para los de mi generación fue con Thomas Mann, con Jung y Adler (habíamos superado a Freud) uno de los impactos literarios y humanísticos más importantes de nuestra adolescencia. Y allí estaba lúcido, simpático, y sobretodo curioso... ¿quién fue el arquitecto con quién se escribía Miguel Angel?

Italia de los años 46 al 50, un país vencido que se levanta apoyado por su inmenso talento de superviviente —son mucho siglos de sobrevivir— su inteligencia, su astucia, su tremenda simpatía que gana a todos quienes la tratan,

incluso los que la tratan como enemigos.

«¿Conocéis el país donde florece el limonero?», cantaba Goethe. Es un país tan apetecible que los que no pueden ir como turistas acababan yendo como invasores.

De Italia me enamoré como tantos otros que me habían precedido, latinos, sajones o escandinavos; en realidad me gustaba tanto que un día se me ocurrió que si no me marchaba de golpe nunca saldría de ella. Y yo quería ver el mundo. Así que arranqué dolorosamente de Roma «dolce Roma» para emprender mi carrera viajera. En los años siguientes acepté puestos más lejanos y a los que iba siempre por el camino más largo y complicado. (El camino más corto entre dos puntos es la línea recta, efectivamente, pero también es el más aburrido.) Cuando me ofrecieron un cargo de profesor en California en 1950 decidí ir a aquel estado por el camino más largo, es decir, a través del Atlántico, el Indico y el Pacífico. En un barco italiano que se llamaba «Victoria» fui a Hong Kong, desde allí en otro barco francés me trasladé a Yokohama en Japón y luego ya en avión, a Hawai y a San Francisco de California...

Fue entonces cuando me enamoré del barco. De esa suave placentera forma de viajar, donde se puede hacer vida deportiva —gimnasio, piscina, juego en el puente—, social —bar, baile—, asistir a espectáculos de cine y actuación personal de artistas, comiendo espléndidamente (la cocina de a bordo es siempre buena y si el barco es francés es óptima). Y además puede uno trabajar, escribir a bordo lo que acaba de captar el ojo y la mente en el puerto que se acaba de abandonar. Así nacierón mis libros de viajes, dentro del viaje mismo. «El mundo de colores» se redactaba apenas se soltaban amarras de la increíble isla de Martinica o Guadalupe, de Barbados o de Jamaica... llevando en las pupilas todavía los increíbles dioses pétreos de la Isla de Pascua o el cuadro «naif» de los arrozales de Bali con las menudas siluetas inclinadas tras el búfalo... o el asombroso mundo variopinto

de Aden, capital comercial, o la isla griega de blanco y azul dormida en su «Eneida»...

Recuerdos entrañables a los que se mezclan, también entrañables, los malos recuerdos. La señora francesa que se niega a abrir la puerta del pequeño hotel de la Provenza porque a las once «no es hora de volver a dormir», el dueño del restaurante griego que me insulta en su idioma sin que yo pueda hacer otra cosa que rebatirle en español (frustración de ambos) el norteamericano al que le tiro un plato de spaguetti a la cara por incivil (siéndolo yo también, claro) el taxista inglés con quien me peleó porque me trata despectivamente corresponde (según su idea imperial) a un «bloody foreigner» o el guía que en el Amazonas nos hablaba a los pasajeros del «Lindblad Explorer» como a niños de colegio.

Eso es lo humano... en lo material ese tren que tiene excesiva calefacción en el trayecto Baltimore-Miami o el otro que se queda helado en el camino de Valencia. El avión que duda en el Brasil durante horas sobre llegar o no a Río, el susto en Rumanía cuando el coche resbala sobre la

arenilla de la curva y por espacio de uno segundos estoy eligiendo entre el precipicio y el rocoso muro de la montaña... o el avión de la India que aterriza como si el piloto se estuviera pasando del aeropuerto y de pronto se acuerda y «pica» para alcanzar su destino con gran terror de sus ocupantes.

Me imagino que son cosas que les han pasado a todos pero que se olvidan, fácilmente. Digo esto porque al terminar el viaje siempre decimos: Ha sido una experiencia maravillosa.

Lo son especialmente las buenas memorias de barcos italianos, franceses, ingleses, lusos, españoles; algo que es ya historia porque con la excepción del «Queen 2.º» británico todos esos buques maravillosos por encima de las treinta y cinco mil toneladas han desaparecido del mapa. El «Queen Mary» en el que realicé mi primer viaje cruzando el Atlántico tenía ¡81.000 toneladas! Por ello puedo hablar de su existencia con la nostalgia con que nuestro abuelo se refería a los viejos cafés de Madrid con el «echador» y el «limpia» siempre a su servicio, ese ambiente que hacía sentirse al

más modesto de los burócratas de Madrid como unos príncipes. El viajero de primera en un barco es un príncipe.

También están terminándose los grandes expresos que adoraba tomar; (habrá notado el lector a estas alturas que a mi me divierte tanto o más el ir que llegar a los sitios) como el que une Vancouver con Quebec cruzando durante cuatro días el espléndido paisaje canadiense o el que va desde San Francisco a Chicago por las tierras secas y mormonas de Utah... Y el que lleva desde Varsovia a Moscú cambiando de raíles en la frontera de ahí hasta el tren minúsculo que sube desde Cuzco al Machu-Pichu peruano en zig-zag igual que hacen los mulos en las cuestas para poder dominarlas mejor. Y el todavía más menudo, casi de juguete, que lleva a Font Romeu en el Pirineo catalán-francés.

Han pasado los años. Mi «yo» viajero ha tenido suerte porque durante mucho tiempo a mi me pasaba lo contrario que a mis amigos. Ellos decían: Este año no voy a poder salir; no tengo dinero. Yo por el contrario decía: «Este año tengo que irme, no tengo dinero». Porque la cátedra universitaria en el extranjero acoplada con corresponsalías ha hecho siempre que el viaje me resultara más beneficioso que la estancia en Madrid donde la universidad me era políticamente hostil y la prensa económicamente deficiente.

Hoy las circunstancias han cambiado. La curiosidad principal está satisfecha —me falta muy poco que realmente me interese ver en el mundo y el matrimonio me ha anclado más o menos definitivamente. Ahora viajo con la imaginación al pasar las hojas del viejo álbum. Y estoy contento de lo que veo y me vuelve al recuerdo. De todas las cosas que me propuse hacer cuando tenía veinte años es quizá la única que me ha salido en un noventa y cinco por ciento. «Vivir no es necesario, navegar sí», decían los romanos. Yo he viajado sobre todo navegando (dos vueltas y media al mundo en ese medio de transporte) y por lo tanto creo que he vivido doblemente. ■

A la extrema derecha estoy engordando en demasía; en el centro el galán de moda de entonces, Antonio Vilar.

